

EN PUNTO

pués de haber abandonado el partido liberal, del que también era presidente. Hay escasas diferencias formales entre liberales y nacionalistas, hasta el punto de que se ha denunciado el sistema de los dos partidos como una forma de compartir el poder por un solo grupo. Fernando Marcos es un «duro». En su época de estudiante practicaba como deportes el boxeo y la natación. Fue campeón de tiro, y se dijo que uno de sus certeros disparos a distancia había asesinado a un adversario político de su padre: los Tribunales le dejaron en libertad provisional, mientras terminaba sus estudios de Derecho, para que pu-

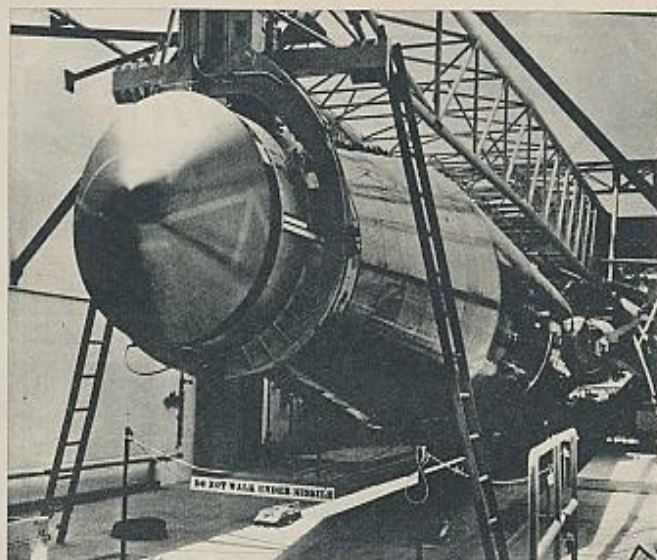
diera defenderse a sí mismo. Cuando se celebró la vista, Marcos se defendió y fue absuelto. Durante la ocupación japonesa, Marcos obtuvo fama de héroe dirigiendo una partida de guerrilleros. En 1948 fue el diputado más joven de la Cámara. Desde entonces no ha perdido jamás unas elecciones. Uno de sus sistemas en las campañas ha sido la ejecución de dúos ante el micrófono con su esposa, que fue «Miss Manila» en 1954. Está apoyado por los Estados Unidos y defiende la intervención en la guerra del Vietnam. En su vida privada se le describe como un hombre de gran austeridad. No fuma ni bebe.

USA

CIEN PUNTOS ATOMICOS

Mientras se inician las conversaciones de desarme atómico en Helsinki, a las que Estados Unidos no llevarán «ninguna propuesta concreta» (esperan sólo «definir el objetivo de futuras conversaciones», según un informe del Consejo Nacional de Defensa), se publica un informe escalofriante, acerca del potencial nuclear norteamericano, su desarrollo y su ubicación. El informe procede de Ralph Lapp, un físico especializado en temas nucleares: calcula que el arsenal nuclear de los Estados Unidos se establece en unas 40.000 armas nucleares, en forma de bombas de aviación, cohetes, proyectiles de artillería y minas terrestres. Están situadas en el interior de montañas, subterráneos y bases. El Pentágono mantiene cinco centros secretos, donde las ensaya y las almacena hasta que se hacen

cargo de ellas los servicios armados. La fabricación está en expansión continua. La economía atómica es «prácticamente secreta» dentro de la economía del país y cubre desde los laboratorios y los centros donde se construye el arma propiamente dicha hasta una infinidad de industrias auxiliares. «Cientos de miles» de americanos trabajan en la producción de armas atómicas —sin contar los militares—, y se gastan en esa producción «miles de millones» de dólares. Hay un centenar de lugares en los Estados Unidos donde existen bombas atómicas. Las menores son capaces de producir un daño superior al de la que cayó en Hiroshima. El Pentágono sostiene que las posibilidades de una explosión accidental son «esencialmente nulas», y que los puntos donde hay esta clase de bombas



son tan seguros como «una estación distribuidora de gasolina». No todos los estudiosos del tema están de acuerdo con esta dificultad del accidente. Un grupo de estudios del Centro Merton para la Educación de la Seguridad Nacional, en la Uni-

versidad de Ohio, calcula que hay una posibilidad contra cien de que una de estas bombas explote en un plazo de diez años. Los cálculos oficiales sitúan la probabilidad entre una contra un millón y una contra mil millones.

O. N. U.

CHINA NO EXISTE

Es un debate clásico en la reunión anual de la Asamblea General de las Naciones Unidas: se trata de reconocer o no la existencia de China y abrirle hueco en la ONU. Viene

sucediendo así desde hace veinte reuniones: se declara la no existencia del país que tiene un cuarto de los habitantes del mundo, un arsenal atómico en formación y una in-

ESPAÑA ANTE EL MERCADO COMUN

Un salario mínimo poco presentable

Durante estos últimos días, esa vieja aspiración europeísta de la economía española ha recobrado un nuevo aliento. Numerosas declaraciones oficiales y algunos órganos de la prensa se refieren sistemáticamente a temas relacionados con la integración económica en áreas supranacionales (entiéndase Mercado Común Europeo), con el abandono de ciertas prácticas autárquicas y, por supuesto, con la apertura definitiva del mercado español a las inversiones extranjeras que, sin duda, habrán de acentuarse en los próximos meses. Nada de esto debe sorprender, y mucho menos cuando en otros aspectos no relacionados estrictamente con la economía están prodigándose significativas declaraciones en este sentido, que hace sólo unos años era considerado como peligrosamente heterodoxo. Al fin y al cabo, en materia económica se ha ido siempre más lejos, se ha progresado con menos dificultades, ya que no en vano se puso en práctica, con todas sus consecuencias, hace ahora diez años, un Plan de Estabilización, origen inequívoco de los aires que presiden la marcha de la economía española actual.

Pues bien, esta imagen "europeísta", ciertamente caprichosa, con que se nos presenta la actualidad, cuenta, sin embargo, con algunas limitaciones de importancia, que conviene tener presente. Pero no se trata ahora de considerar los problemas que habrían de encontrarse, ante una posible integración, determinados sectores industriales —sectores que, a pesar de los aires liberalizadores, siguen beneficiándose de un proteccionismo estatal que se manifiesta de muy variadas formas— ni las dificultades que habrían de superar ciertas instituciones, tanto políticas como económicas, para "dar el mínimo" exigido. Nos referimos, más concretamente, en esta ocasión, a otra cuestión, aparentemente relegada, que apenas ocupa lugar cuando se trata de presentar públicamente los principales objetivos a conseguir y que, por ello, sería conveniente recordar.

Se trata de la cuantía del salario mínimo, ya que, al parecer, y a causa de la incapacidad del propio sistema productivo, por razones de fuerza mayor que no se aciertan a explicar, la economía española no puede presentar, ante el exterior, un salario mínimo superior a 102 pesetas diarias, cifra que, por sí sola, ya revela muchas interrogantes sobre la verdadera naturaleza de la expansión económica de estos últimos años. Es decir, si a pesar de las fuertes tasas de crecimiento de la Renta Nacional, de la elevación experimentada por la productividad y, en general, de las transformaciones económicas habidas en los últimos años seguimos presentándonos con un salario mínimo de tal magnitud, mejor sería que nos preocupáramos por determinar las causas que impiden su elevación más que por proclamar, una y otra vez, una vocación europeísta que hay que comenzar por demostrar no sólo a través de las inversiones extranjeras. De hecho, si las empresas españolas —y, en general, la organización económica de la sociedad— no se prestan a poner a disposición de los trabajadores unos salarios similares, a grandes rasgos, a los de la Comunidad Económica Europea, difícilmente podrán alcanzarse otros objetivos prioritarios. Mucho nos tememos que el actual "decálogo" en materia de salarios y otras retribuciones, sobre todo cuando se trata del salario mínimo —más de un 100 por cien con respecto a Francia, por ejemplo—, sea casi tan difícil de superar como para un buen número de empresas incrementar sus exportaciones —salvo con determinados procedimientos— o simplemente preservar sus posiciones ante una creciente competencia extranjera. En realidad, con el salario mínimo vigente —y con aquellos otros que le siguen inmediatamente en el escalafón— mejor sería que nos quedásemos en casa, cerrando las ventanas para no ponernos en evidencia y esperando, con la paciencia que nos caracteriza, a que el sistema económico pueda tolerar, sin demasiadas tensiones inflacionistas, otro salario mínimo más decoroso, más presentable ante el exterior y, sobre todo, más de acuerdo con el nivel actual de las necesidades sociales, en continua transformación.

■ A. L. M.